

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JULIO—NÚM. 23 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco centimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenecen.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Aldovrando, por E. B.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El buen párroco, por J. Lamarque de Novoa.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

(CONTINUACION.)

—Ola! muchachos, ¡venid aca, dijo Memlinck a los criados que le acompañaban. Descargad una mula y dad de comer a este joven. Servidle lo que haya mas nutritivo y mejor: una lonja de jamon y una botella de vino del Rio.

—Ese seria el medio infalible de que se pusiera peor, interrumpio Margarita presentando al enfermo una rebanada de pan sobre la cual brillaba el oro succulento de una brillante conserva de frutas. Esto aprovechara mas a su estómago vacío y debil que el jamon.

El clérigo tomo al principio languidamente los alimentos que le presentaba Margarita; pero avivandosele el apetito a medida que comia, no tardó en devorar la rebanada de pan, procuran-

do indagar con sus miradas cada vez mas y vas, si su bienhechora estaba dispuesta a ofrecerle algun otro alimento.

—Basta esto por ahora, dijo Margarita con una sonrisa que acabó de conquistar el corazón del clérigo, a pesar de que éste alargaba la mano derecha en demanda de nueva ración de pan y dulce; montareis a la grupa de la mula de uno de nuestros criados, y nos acompañareis hasta Gante; allí hablaremos de vuestra posición y acordaremos el medio de mejorarla, si lo mereceis como parece.

El clérigo dió gracias a su bienhechora, montó en una mula detras de un criado, y la pequeña caravana se puso en camino para Gante, a donde llegó sin otro accidente a media noche.

En la mañana siguiente cuando todos nuestros viajeros se hallaban reunidos para almorzar en la espaciosa sala cubierta de madera, que en todas las casas servia en aquella época de salon y comedor, vieron llegar al clérigo: habia hallado al lado de su cama, gracias a la solicitud de Memlinck, una sotona nueva en vez de la destrozada ropa que llevaba la vispera: decentemente vestido, bien peinado, despues de haber descansado y dormido en una magnífica cama, no era ya un mentigo moribundo como el día anterior, sino un joven de agraciada figura, y cuya fisonomía expresaba aun mas la dulzura

que la inteligencia. Antes de sentarse á la mesa, y á invitacion del dueño de la casa, recitó el benedicite é hizo honor en seguida, con un apetito de veinte años, á la comida que acababa de bendecir.

Concluida esta, colocáronse todos debajo de la alta chimenea en la que ardía un robusto tronco de encina, y el joven sacerdote despues de haber dado afectuosas gracias á sus bienhechores, les refirió porqué consecuencias, todas naturales de su pobreza, lo habian hallado muriéndose de hambre al pié de un árbol.

Hijo de un carpintero de Utrech, padre de catorce hijos, nombrado Florencio Boyers; Adriano era el mas joven de aquella numerosa familia y habia visto antes de contar doce años, morir primero á su padre y despues á su madre. Cada vecino se encargó por compasion de uno de los catorce niños, y Adriano tocó á una vieja tia suya, que vivia en Lovaina, y lavaba en aquella villa la ropa de los religiosos que dirigian el colegio de Portiers; era esta una casa donde se daba de comer gratuitamente á los escolares. Á fin de que su sobrino adquiriese los títulos necesarios para disfrutar los beneficios de una mala cama, una sopa todos los dias á las once, y un pan de tres libras cada dos dias, hizo que aprendiese bien ó mal á leer y á escribir; así se halló el niño, merced á la proteccion del hermano portero, admitido entre los alumnos de la casa. No tardó en manifestar algunas disposiciones para el estudio, y aun obtuvo en filosofía y teología éxitos tan brillantes, que el superior del establecimiento consiguió de María de Inglaterra, hermana de Eduardo IV, y viuda del duque de Borgoña, Carlos el Temerario, que pagase los gastos necesarios para el grado de doctor de Adriano. Pero los beneficios de la ilustre princesa se limitaron á esto solo, y el nuevo doctor, de resultas de cierta travesurilla propia de la edad, se vió obligado á salir del convento de Portiers, donde esperaba permanecer como profesor. Sin asilo, sin pan, sin recursos al salir del convento, tomó á la ventura el camino de Gante, en cuyo camino hubiera muerto de frio y de hambre, si la Providencia no le hubiese deparado en Margarita un ángel de consuelo que le volviera la vida.

—Señor doctor, dijo Memlinck á su huésped, no dudo de la verdad de vuestro relato, sin embargo, me permitireis que tome algunos informes en Lovaina, donde tengo muchos amigos. Si, como espero, esos informes confirman lo que acabais de contarnos, yo gozo de algun crédito en la corte del príncipe Felipe, y no dudo alcanzar que se utilicen ventajosamente vuestros

títulos y vuestra ciencia de doctor.

Tres ó cuatro dias despues, llegaron en efecto los informes mas favorables del mundo. Pero antes de pasar adelante en esta historia, volvamos á Brujas, donde quedó maese Aldovrando despues de la partida de su hijo, de su mujer y de Memlinck.

CAPÍTULO V.

UNA REVOLUCION.

La edad, la ocupacion de los negocios, un carácter duro, y la falta casi absoluta de educacion, hacian poco sensible el corazon del viejo Aldovrando, aun para su mujer y su hijo. Sin embargo, desde que las dos personas que hacia tan desgraciadas se separaron de él, experimentó un vacío inmenso, y le pareció que todo le faltaba á su alrededor. Apenas los veia de ordinario dos horas al dia, en el momento de comer: pero desde que marcharon Antonio y Margarita, sentia su ausencia desde la mañana hasta la noche, y poco faltó para que no enviara un mensajero con orden de hacer volver al que la víspera habia querido desterrar con peligro de su vida á Levante, y á la mujer cuyo corazon habia desgarrado sin misericordia. Le estas sensaciones resultó mostrarse mas verdugo y tiránico que lo era comunmente. Sus dependientes y criados experimentaron los efectos de su mal humor, y en la casa solo se oía la voz áspera del viejo que amenazaba y rujia. Aquella disposicion de espíritu, acarreó una catástrofe que trastornó toda la ciudad de Brujas.

En los dias de trabajo excesivo, maese Aldovrando tenia la costum bre de poner á secar los paños en medio de la plaza que habia delante de su casa y á orillas del arroyo. La casualidad hizo que acertaran á pasar por allí los soldados del duque Felipe, quienes hallaron solaz y recreo en derribar las estacas que sostenian las cuerdas y hechar en el lodo las piezas de paño espuestas al aire. Los obreros, testigos de aquella grosera diversion de los soldados, se contentaron con renegar de los arcabuceros, y ya se disponian á levantar las estacas, cuando de repente se presentó Aldovrando. Al ver el daño causado por la compañía de soldados, se entregó á una violenta colera, reprendió á los obreros su cobardía y prorrumpió en denuestos y amenazas contra el duque Felipe y su gobierno.

—Esa es la proteccion que nos dispensa ese buen señor que nos gobierna! Nos abruma con los impuestos y nos entrega á los insultos de sus soldados, si ya no es que esos insultos son el resultado de sus propias órdenes. Preciso es que la sangre de vuestras venas no sea flamenca, para que hayais soportado sin venganza la afrenta que esos insolentes os han escupido al rostro. Quitaos de mi presencia, dignos sois de esos insultos, y los soldados hubieran debido sacudiros, por que les habriais presentado dócilmente la espalda para recibir los palos.

Estas palabras, estas reprensiones, estos cargos de cobardía que su amo les echaba en cara produjeron una viva impresion en los obreros. Entre tanto, una segunda compañía de soldados pasó por la plaza, y no tardó en ser recibida con inventivas á que el capitan respondió dando la voz de *fuego*. Apenas pronunció esta orden, cuando las balas silbaron por todas partes á los oídos de los soldados, rebotaron sobre sus corazas y derribaron mas de un casco en tierra. Los arcabuceros contestaron á estos ataques, y siete u ocho obreros mortalmente heridos cayeron bañados en su sangre. A este espectáculo, sus camaradas rompieron todo freno, y se arrojaron sobre los soldados. Siguióse de aquí una confusion espantosa y un combate encarnizado, en el que los obreros, despues de haber perdido mas de la mitad de su gente, lograron degollar á todos los soldados, sin eceptuar á su capitan. Pero apenas habian alcanzado esta victoria, cuando sobrevino un nuevo cuerpo de tropas y fue preciso principiar de nuevo el combate. Y como en todos los barrios de la ciudad tomasen los vecinos las armas y corriesen á su defensa, Brujas no tardó en llegar á ser un verdadero campo de batalla: las campanas tocaron á rebato, cerráronse las puertas, y despues de un dia entero de mortandad y de combate, no quedó vivo un solo soldado. Los magistrados se esforzaron inútilmente en hacer valer su influencia entre los combatientes y en dirigir palabras de paz y reconciliacion á los amotinados: su sacrificio solo sirvió para esponer sus vidas, y los vecinos no cesaron de matar hasta despues de haber obtenido una completa y absoluta victoria. Entonces fueron á buscar á maese Aldovrando, que se habia retirado á su casa espantado de su propia obra; lo llevaron á la fuerza al palacio de la villa, y allí le proclamaron Burgomaestre en reemplazo de maese Coppens, su suegro, que fué destituido por demasiado irresoluto y adicto al duque. Bastante embarazado con aquel peligroso honor, maese Aldovrando maldecia en tono bajo su cólera funesta, y hubiera dado la mitad de su

fortuna por salir de un paso tan difícil; pero ya no le fue permitido vacilar y tuvo que arengar al pueblo y jurar defender la libertad de Brujas hasta la muerte.

Demasiado pronto llegó la ocasion de sostener este juramento, por que el duque de Flandes, informado de los sucesos que habian pasado en Brujas, se presentó en dos dias á la vista de la ciudad rebelde con un ejército considerable y máquinas de guerra sin número. Bloqueó á la ciudad, se apoderó del canal y dió órdenes para que principiarian inmediatamente los preparativos de asalto. Los brujenses entonces se apercibieron del peligro que les amenazaba, y el populacho corrió en tumulto al palacio de la villa en busca del burgomaestre, á fin de que conjurase aquella tempestad. Maese Aldovrando propuso enviar un parlamentario al príncipe, que no habia querido verificarlo por su parte, manifestando de este modo su intencion de no conceder merced alguna á sus súbditos rebeldes.

—Es menester, exclamaron todos, es menester que vos mismo seais el parlamentario: marchad inmediatamente.

—Cómo! amigos míos, replicó Aldovrando espantado, quereis que me presente en el campo del Duque, yo, á quien habeis nombrado vuestro burgomaestre, yo, á quien él considera como el jefe de la revolucion.

—Y no lo sois en efecto? exclamó un vecino. No habeis sido vos quien nos ha lanzado en el peligro en que estamos? Sin vos, se veria Brujas amenazada del asalto, del pillaje y del incendio? No habeis sido vos tambien, quien por defender vuestros intereses privados no temisteis esponer á vuestros compatriotas á una calamidad general? Partid inmediatamente ó desgraciado de vos!

—Sí, sí, que marche, ó desgraciado de él! replicaron todos á una voz, que marche ó desgraciado de él!

Y le rodeaban, le amenazaban, le oprimian y le injuriaban. El infeliz Aldovrando se vió, pues, forzado á salir del palacio á disponer que se bajara un puente levadizo y dirigirse al campo del duque, con un ramo verde en la mano en señal de súplica. Marchaba á pasos lentos, cuando Felipe el Hermoso que dirijía los trabajos del ataque, le descubrió y lo dejó llegar hasta él, sin manifestar la menor hostilidad.

(Continuará)

E. B.



LA PENDIENTE DEL ABISMO

(CONTINUACION.)

Todos se dirigieron junto al lecho de Luisa, que respondió con voz dulce á las preguntas que se la hicieron, y que ofreció sugértese dócilmente al plan curativo del doctor, sin pensar ¡ay! que lo primero que la ordenaron fué una tranquilidad absoluta, y aun le esperaban dolores acerbos, y terribles emociones que soportar!

Media hora despues, Marta teniendo en su mano las medicinas que Aviles habia prescrito, se acercaba al sillón de D. Diego y con la mayor dulzura, con la mas esquisita bondad le ofrecía aquella posion, en la que, segun la ciencia, estaba la última esperanza que podian alimentar.

—Vámos, amigo mio, es preciso tomar algunas cucharadas de este medicamento, con el recobraré V. la salud, le decia con afa; y el anciano fijando sus ojos tristes y sin expresion en el rostro de su enfermera, murmuraba de nuevo el nombre de su esposa, aquel nombre grabado en su alma con tantos años de amor.

Despues inclinaba la cabeza sobre el pecho, y nada mas respondia.

Marta entonces acercaba el vaso á su boca y probaba hacerle tragar algunas gotas; pero él hacia atrás la cabeza, moviéndola lentamente con un signo negativo.

Marta insistió, pero siempre con el mismo resultado; siempre estrellándose sus fuerzas contra aquella resistencia tan pasiva como invencible: siempre viendo abrirse aquellos labios tan solo para decir lenta, y débil, y tristemente.

—¡Mercedes!

La madre de Enrique se desesperó, rogó, suplicó, apeló á la fuerza casi, todo fué inútil.

Ni alimentos, ni medicinas, ni consuelos le fué posible hacer aceptar á aquel hombre que s moria de pena y de debilidad y de amargura!

Y así pasó todo aquel dia; y así pasó toda la noche.

Solamente que cada vez era mas apagada y tarda la voz con que el infeliz llamaba á la com-

pañera de su vida, la voz con que llamaba á su pobre Mercedes.

No sé quien... quizá Luisa, pronunció el nombre de su hermano, pero nadie sabia que habia sido de él, nadie pudo hallarle, ni dar razon de su paradero.

Las fuerzas de D. Diego se fueron acabando poco á poco!

¡Ay! quien podia medir la estension de la densa sombra que envolvía aquel pensamiento! ¡quien podia adivinar los misterios de dolor de aquella alma que luchaba por romper su cárcel! Quien podia saber si era la desesperacion, el abatimiento, la enfermedad ó la locura las que le empujaban hacia el sepulcro, las que extinguían hora por hora la combatida llama de su vida!

¡Oh! aquel cuadro era desconsolador!

Marta determinó sacar de allí á Luisa, cuyo corazon se desgarraba al escuchar el nombre de su madre repetido de aquel modo.

Enrique y el médico la instaron para ello, y como la pobre niña estaba á merced de sus bienhechores, hizo lo que ellos mandaron y fué trasladada á otro cuarto donde ya no pudo ver á su padre!

Marta no salia de aquella casa, por fortuna la vuelta de Esteban se habia dilatado algunos dias mas, y esto la permitia cumplir hasta el fin la santa mision que se habia propuesto.

Aviles declaró que Luisa se salvaría empleando con ella un tratamiento facil y sencillo, pues solo la debilidad y las privaciones eran la causa de su decaimiento y de su mal; pero en cuanto á D. Diego, manifestó que su muerte estaba próxima y que era imposible arrancarle de ella, puesto que no habian podido lograr vencer su resistencia á tomar medicinas ni remedio alguno.

Enrique y su madre comprendieron la verdad de este pronóstico, y aunque el jóven no sabia la causa de aquellos desastres, ni comprendia el motivo por que su madre se interesaba por aquella infeliz familia, la secundaba en sus esfuerzos y á su vez sentia con ella, y sufría viendo aquel sufrimiento.

Marta era una noble mujer, era un hermoso corazon, y Enrique tambien tenia el alma muy bella: pero ¿quien no hubiese hecho en su caso lo mismo que hacian ellos? ¿quien hubiera abandonado á aquel anciano y á aquella niña sobre quienes la desgracia descargaba sus mesterribles y tremendos golpes, y que al salir ellos de allí, hubieran quedado solos? ¡Oh! nadie, nadie podemos asegurarlo, porque la caridad es un sentimiento innato en el corazon del hombre, y con muy raras excepciones deja de escuchar su voz y correr al lado del verdadero infortunio.

Al anochecer del segundo día, el acento de D. Diego era imperceptible ya, y el nombre de Mercedes aparecía mas de tarde en tarde en sus labios; todos los auxilios eran impotentes y el anciano decaía visiblemente y por momentos.

¡Ay! si la que llamaba con tanta insistencia hubiera podido oírle, imposibilitada como estaba de correr á sus brazos; ¡ay! si hubiera podido adivinar que entre el dolor que mataba al anciano se había mezclado por un instante la duda de su virtud; ¡cuán horrible hubiera sido su desesperación! quizá hubiera muerto al par que su esposo, en aquella prisión donde estaba sujeta!

Pero Marta había cuidado de ocultárselo todo. Sólo la había hecho saber que estaba con su esposo, que se hallaba junto á su hija!

Al fin, después de tres largos días de lucha y de agonía, D. Diego sin salir de su marasmo, sin mudar de postura, sin haber contestado á una sola frase de las que le dirigían, sin haber manifestado que vivía si no con las miradas interrogadoras que instintivamente dirigía á la puerta, y en aquel gemido de su alma que, traducido en un nombre, murmuraba su boca, el infeliz dobló la cabeza, se fué quedando frío, sus manos cruzadas se fueron tornando rígidas, y al fin..... al fin exhaló el último suspiro, sin esfuerzo, sin contracción, como una claridad que se extingue, como un rumor que se aleja, como la huella que una ola deja en la playa, en un día de calma sin brisas y sin huracanes.

Y nadie escuchó aquel suspiro, nadie recojió aquel aliento postrero!

Solamente al notar que ya el nombre de Mercedes, monótono y vago é imperceptible no sonaba en sus labios, se acercó Marta, levantó su frente y la volvió á dejar caer con respeto sobre aquel pecho de donde había huido la vida.

Pero en su dolor exhaló un débil grito, que no pudo contener, y aquel grito llegó á los oídos de Luisa, la infeliz niña lo comprendió todo, quiso saltar del lecho, quiso correr junto á su padre, pero la faltaron las fuerzas y cayó desmayada sobre su cama.

Aquella tarde, al anochecer ya, algunos soldados de la compañía de Enrique, acompañaban á ruegos de este, y como un acto de caridad, un humilde féretro, que sin pompa y sin ostentación, como van los pobres, cruzaba las calles de la población, dirigiéndose al Campo Santo, donde llegó de noche ya! En aquel féretro iba D. Diego!

D. Diego, que si salía de este mundo, solo, oscuro, abandonado, entraría en el cielo, rico, triunfante, honrado por los justos y bendecido por Dios!

Aquella noche también, en un carruaje cerrado, salía de aquella casa, teatro de tantos dolores, Luisa, la pobre niña huérfana y muribunda, que no tenía mas asilo que el que Marta le ofrecía en su morada; á donde era conducida medio desmayada aun.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL BUEN PARROCO.

(CONTINUACION.)

Mas vos, que gozáis sin tasa
de mundanales placeres,
y á quien la fortuna avara
pródiga brindó sus dones
en riqueza improvisada,
lamentaros de esa suerte,
hallando la vida amarga,
cosa para mí es, amigo,
tan incomprensible y rara,
que cual arcano se muestra
á mi inteligencia escasa.

ENRIQUE.

¡La riqueza!... Graves riesgos
arrostré por alcanzarla,
y en ella fundé ¡insensato!
de la dicha la esperanza.
Mas hoy por recientes pérdidas
en empresas arriesgadas.
reducida la contemplo;
y la dicha en que soñaba
desvanecerse, cual humo,
ví del desencanto en alas.

EL PARROCO.

Si al fin vino el desengaño
á desvanecer fantasmas

que perjudicando al cuerpo
el espíritu dañaban,
en vez de desesperaros
dar debeis al cielo gracias:

Con tal aviso otra senda
seguir, bondadoso, os marca,
en que feliz ser podais,
libre de ambiciones vanas.

ENRIQUE.

¡Ah! si volver pudiera
á mi espíritu la calma
de otros dias!... Si á mi mente
las ilusiones tornaran
que sacrificué, insensato,
del ciego orgullo en las aras!...

EL PÁRROCO

¿Y quién os lo impide?... Alegre
á vuestra vida pasada
volved: que el arrepentido
no solo perdon alcanza,
sino que diz que los ángeles
por él se visten de gala,
al ver que torna al rebaño
la oveja descarriada.
Dejad los falsos amigos,
que al precipicio os arrastran:
casáos, en fin, que ya es tiempo
y vivid como Dios manda,
y esa ventura que ansiáis
la hallaréis en vuestra casa.

ENRIQUE.

¡Dichoso si hacer pudiera
lo que decís!... Mas yo amaba
á una jóven bella y pura,
tan pura como las áuras
que vagan entre las flores
de nuestras verdes montañas,
y en un arranque de orgullo,
de vanidad insensata.
pagué su amor con desprecios
y me burlé de sus lágrimas.
La felicidad perdida

sólo por ella alcanzara,
mas su estimacion de nuevo
como conseguir, si airada
de mí se apartó, y yo, ingrato,
en vez de desagraviarla
léjos viví de la aldea
donde la infeliz no iba,
y uní al desden el olvido
causando así su desgracia?

EL PÁRROCO.

No temais: el noble pecho
de la mujer fiel y honrada,
á deponer los rencores
dispuesto siempre se halla.
Mas ¡ay! Enrique, mas grave
dificultad nos asalta,
hora que llevar quereis
vida honrosa y sosegada,
y es que aquella á quien amais,
presa de afliccion insana,
por vuestro desden herida
próxima la muerte aguarda.

ENRIQUE.

¿Qué me decís?... ¡Justo Cielo!
¡Rosalía, mi esperanza,
la constante compañera
de mi venturosa infancia
próxima á morir! ¡Dios mio,
y yo de ello soy la causa!
Castigo es este á mi orgullo;
sí, lo conozco, y se alza
de cruel remordimiento
la oculta voz en mi alma.

EL PÁRROCO.

Gracias á Dios, don Enrique,
que ya la conciencia os habla:
vine aquí á participaros
esta nueva asaz infausta;
pero á la par decidido
á daros mi opinion franca.
¿Quereis de vuestra conducta
borrar la afrentosa mancha?

Tal vez sea tiempo; corramos
de la enferma á la morada:
al veros, quizá en su pecho
la tranquilidad renazca,
y si Dios hace un milagro
tal vez logremos salvarla.

ENRIQUE.

Si, sí; corramos: del peso
que á mi espíritu oprimaba
me aliviais, y nueva vida
respiro en vuestras palabras.

Y sin temor á la lluvia
que del monte en las vertientes
convertida iba en torrentes,
inundando el valle al par,
hacia la senda lanzáronse
que á Borleña conducía,
mientras al lejos se oía
ronco el trueno rebramar.

IX

RECONCILIACION.

Moribunda en el lecho
se hallaba la apenada Rosalía,
y el estertor de su agitado pecho
lento y confuso en derredor se oía.

Lágrimas derramando,
silenciosa su madre reclinaba
la cabeza en el lecho, y murmurando
una oracion, su pena devoraba.

De la pared pendiente
allí una imagen de Jesus se vía,
y ante ella, y alumbrando débilmente,
su luz humilde lámpara esparcía.

Sus ojos resignada
fijaba á veces en la imagen pura
la tierna jóven, y era su mirada
un poema de amor y de amargura.

Reinaba la tristeza
en aquel pobre albergue solitario;

y ámbas, de su dolor én la fiereza,
silenciosas doblaban la cabeza
al peso de la cruz en su Calvario.

Súbito de aquella estancia
abrióse la estrecha puerta,
y á la débil luz incierta
de la lámpara se vió,
en el dintel al buen Cura,
su ansiedad velando en vano,
y tras él, del rico indiano
la figura apareció.

Ante aquel cuadro sombrío
de pesar y sufrimiento,
su oculto remordimiento
Enrique sintió crecer.
Junto al lecho de su amada
se arrodilló sollozando,
de ella el perdón implorando
á su ingrato proceder.

Y el Párroco adelantóse
de duda tras breve instante,
y trémulo y anhelante
con dulce voz dijo así:
«Quien resignado padece
el premio encuentra algun dia;
horas de paz, hija mia,
hoy comienzan para tí.

Traerte prometí á Enrique
de su falta arrepentido:
fiel mi palabra he cumplido;
míralo á tus piés llorar.
Otórgale bondadosa
tu perdón, sin dilaciones,
que es de nobles corazones
las ofensas perdonar.»

Cayó el cura: impresionada
la jóven por la alegría,
sintió que rauda fluía
la sangre á su corazón.
«Sí; al espirar te perdono,»
dijo, á Enrique contemplando,

y hondo gemido exhalando
quedó en muda postracion.

Al verla así tristes ayes
todos á la vez alzaban,
que de la jóven miraban
el fin próximo llegar.
Y la pobre madre, viéndola
inerte, pálida y fria,
á su seno la oprimia
delirante de pesar.

En momento tan solemne
tornó el buen Cura los ojos
al Crucifijo, y de hinojos
así sgitado exclamó:

«Señor, cuya omnipotencia
dar puede y quitar la vida;
por cuyo amor redimida
la humanidad respiró.

Volved la vista á nosotros,
infelices pecadores:
de nuestros fieros dolores
compasivo os apiadad.
Señor, si una vida debe
abatir la muerte impía,
tomad en prenda la mia
y á esta inocente salvad.

Yo hácia el sepulcro ya inclino,
anciano inútil, la frente:
de la vida en el oriente
ella aún puede ser feliz.
Y al lado de amante esposo,
bienes gozando en el suelo,
de virtud será modelo,
y amparo del infeliz.

En esta mísera aldea
ellos con pródiga mano,
al enfermo y al anciano
benignos secorran.

Y, de vuestro amor en aras,
dando de piedad ejemplo,
ofrendas á vuestro templo
fervorosos llevarán.

Buen Jesus, compadecéos
de ésta familia contrita,

por vuestra sangre bendita
librados de esta afliccion.
Pase el caliz de amargura
que hoy apuran nuestros labios,
y pagad nuestros agravios
con benéfico perdon.»

Enrique y la pobre madre
de hinojos tambien oraban,
y lágrimas derramaban
en su triste adversidad.
Y del Eterno esperando
á su desdicha consuelo,
la vista alzaban al Cielo
demandándole piedad.

Á poco se oyó á la jóven
exhalar suspiro leve,
y su faz tiñóse en brave
de sonrosado color:
«¡Salvada!» grita el indiano,
«¡salvóse!» la madre clama,
y el Cura, contrito, exclama:
«¡Gracias te damos, Señor!»

Y allí, do imperar miróse
el temor y el desaliento,
por milagroso portento
reinó la tranquilidad.
Y la jóven, de la anciana
la faz de besos cubria,
y á su amante sonreia
de amor y felicidad.

Aprovechar quiso el párroco
tan oportuno momento
para realizar su intento,
que en parte cumplido vé.
Y la mano de la jóven
con la de Enrique enlazando,
dijo, la diestra elevando,
lleno de cristiana fé:

(Continuad.)

J. LAMARQUE DE NOVOA.